

He aquí las palabras verdaderamente proféticas del ministro inglés, en los primeros días de 1862, en los momentos en que se embarcaba Almonte para reunirse con Miranda y Miramon, que le precedieron algunos días sobre el suelo mexicano.

La suerte estaba echada!

En Diciembre de 1861, navegaban las escuadras hácia las costas mexicanas, conduciendo el cuerpo expedicionario aliado.



CAPITULO III.

Llegada de los aliados.—Convencion de la Soledad.

Partida de los españoles y de los ingleses.

A consecuencia de algunas equivocaciones que despues fueron mas ó menos bien explicadas, el cuerpo expedicionario español reunido en la Habana, habia salido apresuradamente para Veraacruz; y el general Gasset, que lo mandaba mientras llegaba el general Prim, su comandante en jefe, se presentó en esta ciudad el 15 de Diciembre de 1861.

El gobernador mexicano le hizo saber inmediata-

mente que no tenia instrucciones para oponer resistencia en caso de ataque; y que iba á retirarse á cierta distancia de la ciudad, á esperar allí las órdenes del gobierno de México.

Sin disparar un tiro ocupó el general español la ciudad el dia 17, lo mismo que el castillo de Ulúa, que las autoridades y las fuerzas mexicanas habian abandonado sin defenderse.

En presencia de este acto inesperado, el capitán de navío de Chaillié, que mandaba la estacion naval francesa, tomó todas las precauciones necesarias para reservar los derechos de la Francia, especificando que: «desde la llegada de las tropas francesas, ocuparían éstas el puerto y la ciudad en union de las españolas; que todos los gastos hechos deberían ser justificados por una comision mixta; y que el bloqueo se establecería en comun, con los buques franceses é ingleses.»

M. de Saligny, que habia salido de México el 6 de Diciembre, llegó á Veracruz el mismo dia en que los españoles tomaban posesion de la plaza.

Grande fué su sorpresa y mayor su inquietud!

De repente, el 25 de Diciembre, se sabe la llegada de Doblado y Uraga á la Tejeria, en las cercanías de Veracruz.

Uraga era el general en gefe de las fuerzas republicanas.

Este gefe invita los diplomáticos extranjeros á una conferencia en su Cuartel general.

M. de Saligny pide inmediatamente un salvo con-

ducto al general español para corresponder á la invitacion del general Uraga, y se hace acompañar por el capitán de navío de Chaillié.

La ocasion era oportuna para que el ministro de Francia disipara sus inquietudes, y nulificara las intenciones secretas que sospechaba en el general español.

No la dejó escapar.

Daremos á conocer aquí la opinion que tenia Mr. de Saligny de los mexicanos en general y del general Uraga en particular, porque no deja de tener interés. En una carta escrita por Mr. de Saligny al capitán general de Cuba, el 22 de Noviembre de 1861, decia:

«El general Uraga, nombrado general en gefe del ejército de Oriente, es un hombre de cincuenta y tantos años, bastante bravo; pero lijero, presuntuoso, falso hasta el extremo, y embustero como un mexicano.» (1)

Con estas convicciones llegó el ministro francés á la cita de la Tejeria, donde no se excusó paso ni diligencia para seducir al general mexicano, y se le hicieron mil promesas con el fin de comprometerlo á que ayudara al establecimiento de un nuevo gobierno en México, porque, segun dijo Mr. de Saligny, asegurando que hablaba en nombre del Emperador de los franceses, *no se trataria nunca con Juarez.*

(1) No me parece que haya un solo mexicano que se crea obligado á contestar esta calumnia gratuita del señor conde de Saligny.—N. del T.

Todo esto, que se deduce de una carta que publicaremos en seguida, ¿no explica desde ahora la ruptura de la convencion de la Soledad?

Y las discordias que veremos estallar en el seno de esas conferencias entre el ministro inglés y el ministro de Francia, ¿podrán llamar la atención á cualquiera que sepa que, en esa misma carta escrita al capitán general de Cuba, Mr. de Saligny trataba igualmente mal al ministro de Inglaterra, llamándolo «*diplomático de negros?*»

No conocemos á Mr. Wyke, pero su conducta y la lectura de sus despachos nos prueban que, si Mr. de Saligny hubiera obrado con la lealtad, y sobre todo con el desinterés de su colega, hubiera evitado á la Francia los sinsabores de la expedición de México.

El «Heraldo», diario español, habia publicado en su número correspondiente al 29 de Agosto de 1862, la carta de Mr. de Saligny al mariscal Serrano, y en cuanto llegó esta á conocimiento del general Uruga, escribió la carta siguiente al ministro francés:

«Al Sr. conde de Saligny.

«Guanajuato, 10 de Setiembre de 1862.

«Señor.

«Acabo de leer en el «Heraldo» de 29 de Agosto último, en la correspondencia publicada y sometida al Congreso español, todo un párrafo de una carta vuestra que me concierne.

«Hubiera yo esperado cualquiera otra oportunidad para pedir os explicaciones, si la última parte de dicho párrafo no fuera de tal naturaleza, que me obliga á dirigiros la presente carta por la prensa.

«Habeis dicho que:

«El general Uruga, nombrado general en jefe del ejército de Oriente, es un hombre de cincuenta y tantos años, bastante bravo; pero lijero, presuntuoso, falso hasta el extremo, y embustero como un mexicano. Sin embargo, es soldado; perdió una pierna en el sitio de Guadalajara, y como que conoce la Europa, puede comparar y apreciar las cosas: así, pues, no se hace ningunas ilusiones, y me lo ha dado á entender, muy claramente, en estos últimos dias, comiendo conmigo.»

«¿Qué pretendéis decir con esto, señor de Saligny? ¿Será, por acaso, que yo haya creído un solo instante en el yugo y dominación con que nos amenazais sin cesar? ¿Será que me hayais visto, una sola vez siquiera, cobarde ó débil, temblar por el porvenir de mi país? ¿Os apoyais en que, demasiado franco y leal quizá, he reconocido la supremacía del ejército francés, los inmensos recursos que la Inglaterra, la Francia y la España podrán desplegar contra México, y en que, sin ninguna vanidad, he creído que tendremos mucho que sufrir y muy costosos sacrificios que hacer para defendernos? ¿No he dicho siempre en vuestra presencia que, á mi parecer, la intervención no triunfaria jamás, ni sometería nunca á la

República, y menos todavía si se asociaba á la reaccion? Cuando confesaba el valor y la potencia de las naciones que nos atacaban; cuando os decia francamente que seriamos batidos mil veces, ¿no sostenia yo al mismo tiempo tambien que jamás llegarían esas naciones á pacificar el pais; que la revolucion seria de tal naturaleza que el mundo entero no bastaria para hacernos perder nuestra independencia; y que la empresa seria tan insostenible, que al fin tendrían que abandonarnos á nuestras propias fuerzas?

«Señor conde, entre nosotros han pasado cosas muy graves, y la ligereza de las expresiones que habeis usado, y las calificaciones desfavorables y ofensivas que habeis hecho de mí, me autorizarían en parte para divulgarlas. Si gustais, os propongo que no haya entre nosotros secreto ni misterio. No voy á devolveros insulto por insulto, Mr. de Saligny: no es ese mi carácter, ni como mexicano ni como soldado; *pero vos no podeis ser creído por vuestra sola palabra*; y como, por otra parte, en la generalidad de nuestras conferencias, hemos tenido, afortunadamente, testigos que no podemos recusar; y además, hemos seguido una larga correspondencia, ¿quereis que publiquemos esta y apelemos á aquellos? ¿os acordais siquiera de nuestra última entrevista en la Tejería, el 25 de Diciembre del año pasado, cuando, siendo mi huésped, porque estábais en mi pais, en mi casa y en mi mesa, abusásteis de lo que me debíais como amigo, como huésped y como general en jefe del ejército mexicano?

«¿Recordais que, hablándome en tono enfático, haciéndome comprender que hablábais como ministro de Francia y á nombre del Emperador, me ofrecísteis el baston de mariscal, el título de duque y la mas elevada posicion, si desconocia yo la autoridad del Sr. Juarez y me encargaba de instalar un nuevo gobierno, *porque la Francia, deciais, no trataria nunca con el gobierno actual?* ¿Recordais mi respuesta, Mr. Du Bois, y mi indignacion, que con trabajo pude contener?—Pudiera suceder que me negáseis esto; pero en tal caso, ¿seria necesario recordaros que Mr. de Chaillié, capitán de navío, comandante de la fragata «Foudre,» asistió á una gran parte de nuestra conversacion, y que con su alma de francés y su corazon de soldado, se puso de mi parte y manifestó disgusto al ver que se ofendia á otro soldado con tales ofertas?—Apelo á la honradez y lealtad de ese bravo militar; y sabed, Mr. de Saligny, que ni mi gobierno ni mis amigos han tenido conocimiento de este hecho, de que un presuntuoso hubiera podido vanagloriarse, que un hombre lijero hubiera podido divulgar, y que solamente un hombre de honor ha podido soportar y callar; sabed tambien que ni aun en mi pais, y en medio de sus conmociones continuas, nadie ha osado seducirme ó corromperme para favorecer un cambio de administracion. Pero lo repito, en vuestro poder teneis toda mi correspondencia, escrita con lo que llamais ligereza y yo llamo la franqueza y lealtad que son el móvil de todos mis actos; y si os atreveis á publicarla, esperaré tranquilo el juicio de los hombres de honor,

aun en el puto en que decís que no me hago ilusiones.

«Recordais que en esa misma conferencia me amenazásteis con el rompimiento de las hostilidades del ejército español, y con la ocupacion de la Tejería y de San Juan, al día siguiente, por el general Gasset? ¿Olvidásteis ya mi respuesta? ¿Recordais mis opiniones como resultado de esa amenaza? Os habeis equivocado al calificarme, Mr. de Saligny, como os habeis equivocado tambien en todos los juicios que habeis formado sobre México. Habeis confundido la moderacion y la política del militar, con la falta de ilusion; y mas tarde confundisteis todavía su resolucion y su energía en el teatro de la guerra, con la presuncion y la ligereza.

«Permitidme ahora que os haga conocer mi juicio, y me reserve las pruebas para justificarme de una manera evidente de la acusacion de falsedad.

«Sois un pobre diplomático, que ha comprometido en México el honor de su pais y la reputacion de sus valientes hijos.—No habeis sabido juzgar de nada; y debo haceros saber que cuando me suponíais sin ilusiones, mi gobierno posee muchos despachos míos, en los cuales yo le aseguraba que las fuerzas aliadas, tales como estaban en el mes de Enero, no forzarían mis posiciones aun cuando me batieran cuatro veces.

«La susceptibilidad de los mexicanos es extremada cuando se trata de defender la independencia de su patria, y no puedo dejar ni un instante sin dar una

respuesta absoluta á la idea que os habeis permitido aventurar, de que no me hago ilusiones sobre el resultado de la guerra de intervencion.

«Por lo mismo que he viajado y conozco la Europa, como decís, he podido juzgar y apreciar, en vuestra presencia y de otros muchos europeos, nuestras ventajas para rechazar la invasion. Nuestro estado actual, sin goces y medio salvaje, como lo habeis calificado, es una verdadera ventaja en las circunstancias presentes; porque de esta manera sabrán los mexicanos soportar los inconvenientes de una vida nómada, sin extrañar mucho las comodidades de la civilizacion. Esto lo he dicho á vos mismo, al honorable M. Wyke, quizá tambien al señor almirante Jurien de la Gravière y á los generales de la coalicion, y os desafio á que justifiqueis la calificacion con que gratuitamente me habeis regalado, y á que tomeis por testigo al efecto á los mismos franceses.

«Sois inconcebible, señor conde: vuestras pasiones os ciegan, vuestro odio os arrebatá, ni siquiera veis lo que os rodea. Colocado fuera de mi centro en un campo de bravos y dignos militares, tengo las pruebas de haber traído conmigo la estimacion de los generales enemigos; y si he podido conciliarme esa estimacion, es porque he sabido cumplir mis deberes como mexicano, como enemigo franco y leal, y como buen patriota y buen adversario.

«Solamente vos, señor conde, vos que al fin sereis bien conocido y juzgado en vuestro pais y por vuestro

gobierno, habeis podido ofender, del modo que lo habeis hecho, al que os recordará un dia este incidente, y es vuestro servidor que os besa la mano.

JOSE LOPEZ URAGA.»

Habiendo quedado sin resultados la entrevista de la Tejería, era necesario esperar el curso de los acontecimientos.

En fin, la escuadra inglesa ancló en Veracruz el 6 de Enero, y el dia siguiente se colocaba la escuadra francesa al lado de sus aliados.

Los pabellones inglés, francés y español flotaban en la fortaleza de Ulúa y en la ciudad.

La Europa intervenia en el Nuevo-Mundo, en los momentos en que los Estados-Unidos del Norte eran presa de una de las crisis mas gigantescas que los pueblos sean capaces de atravesar sin perecer!

Los aliados iban á intervenir pacíficamente!

Así lo decian al menos!....

Un hombre de Estado español, á quien se hablaba en aquella época de esa intervencion pacífica, respondió con mucha exactitud:

«Todas las intervenciones comienzan pacíficamente, y concluyen siempre con las armas. Los Congresos de Verona y de Laybach querian intervenir pacíficamente la España, y ya sabemos lo que resultó.»

La expedición de México, ha justificado, una vez mas, estas palabras.

La noticia de la resolucion adoptada por las potencias europeas, de tomar medidas coercitivas respecto de México, habia llegado á aquella capital en los primeros dias de Diciembre, al mismo tiempo que la de la retirada de Mr. de Saligny.

Juarez comprendió inmediatamente los peligros que la Convencion de Lóndres acarrearía á la República.

Juarez habia subido al poder, animado de las mejores intenciones, y despues de mil pruebas crueles.

Hizo llamar á su secretario de Estado, ministro de negocios extranjeros; y no pudiendo todavía protestar públicamente contra las resoluciones tomadas, ordenó al Sr. Arias redactar la circular siguiente, que era una primera respuesta á las acusaciones de que habia sido objeto la República en toda la Europa.

CIRCULAR DIRIGIDA A LOS GOBERNADORES DE LOS
ESTADOS.

Ministerio de Relaciones.

México, 5 de Diciembre de 1861.

«La situación delicada á que ha llegado la República con las potencias extranjeras, pone á la nacion y al gobierno en el imperioso deber de velar mas que nunca porque las garantías concedidas á los extranjeros por las leyes del país y el derecho de gentes, sean respetadas de una manera inviolable.

«La justicia de México, en medio de sus diferencias con algunas de esas potencias, ofrece la probabilidad de que se evitarán los conflictos cuando se examinen mas de cerca los poderosos motivos que han venido á interponerse accidentalmente, como una dificultad en el desarrollo de las relaciones cordiales que México ha deseado cultivar y estrechar con las naciones amigas, aun á precio de grandes sacrificios.

«Una prueba de esos deseos es, la franca y generosa hospitalidad con que ha recibido en su seno este país á los hijos de esas mismas naciones, concediéndoles las mayores franquicias en el ejercicio del comercio, de la agricultura, de la industria y de las artes. Si alguna vez los acontecimientos han perjudicado, no solamente á los extranjeros, sino tambien á los nacionales, México sin embargo no ha cesado nunca de manifestar su amor á la justicia y á la civilizacion, ni hacer cuanto estas últimas exigen, en bien de su nombre y su decoro.

«A pesar de esto, dificultades inesperadas obligan hoy á la nacion á dar nuevas pruebas y mayores testimonios de honor y lealtad á las potencias extranjeras, y á desmentir con actos ilustrados y humanitarios la nota de semi-bárbara con que se le regala, merced á manejos execrables y á informes mentirosos de especuladores sin conciencia; y merced tambien á algunos hijos desnaturalizados de México, que serian su vergüenza, sino estuviera persuadido de que las naciones, lo mismo que los individuos, no pueden ser responsa-

bles ante la verdadera civilizacion, de la ingratitud y de los vicios de una minoria de hombres que, en todos los paises y en todos los tiempos, han pretendido opacar el brillo de las mas ilustradas sociedades.

«En consideracion de lo que antecede, ha tenido á bien el ciudadano presidente disponer que os recomiende, como tengo el honor de hacerlo, velar hoy mas que nunca, por todos los medios que os sugieran vuestra prudencia, circunspeccion y patriotismo, en que las garantías concedidas á los extranjeros por los tratados y el derecho de gentes sean eficaces, apartando así todo motivo y todo pretexto que pudiera comprometerlos á no conservar la estricta neutralidad á que están obligados en las cuestiones pendientes con el gobierno respetivo. Con vuestro tacto y conocido juicio, debereis dirigir á buen fin las exaltaciones del patriotismo, é impedir que las excitaciones populares, aun en medio de los conflictos de la nacion, no se desborden contra los extranjeros laboriosos y pacíficos, á quienes se debe entera proteccion, así como debe aplicarse todo el rigor de la ley á los turbulentos y sediciosos.

«Es excusado demostraros cuanto se agravaría la situacion actual con desórdenes que, en estas circunstancias, vendrian á justificar hasta cierto punto las inculpaciones que se hacen á México; y por el contrario, cuanto contribuirá al buen éxito de su defensa, la actitud digna y mesurada de un pueblo que sos-

tiene, al mismo tiempo que su independencia y su decoro, su amor á la civilización y á la humanidad,

«JUAN DE DIOS ARIAS.»

Con semejante procedimiento se preparaba Juárez á contestar la proclama que dirijian á la nacion los plenipotenciarios extrangeros el 10 de Enero de 1862.

¿Qué dicen las tres potencias en esa proclama? —Leamos:

«Vienen á tender una mano amiga á un pueblo á quien la Providencia prodigó todos sus beneficios, pero al cual ven, con dolor, gastar sus fuerzas y extinguir su vitalidad, bajo la violenta impulsión de la guerra civil y de perpetuas convulsiones.»

¿Como se podia tender una mano amiga á este pueblo, procurando derribar al ciudadano que habia escojido para que lo gobernara?

Esto es inexplicable.

Los representantes de las potencias aliadas se reunieron desde el dia de su llegada, para juzgar de las medidas que era necesario tomar, en consecuencia con las instrucciones que se les habian dado.

Todo parecia que debia marchar perfectamente, segun las dos primeras conferencias.

M. de Saligny estaba enfermo, y no podia tomar parte en los trabajos de sus colegas. En la 2.^a con-

ferencia del dia 12 ocurrió un incidente. El general Prim expresó la opinion de que seria muy importante saber hasta donde se comprometeria cualquiera de los comisionados, apoyando las reclamaciones de las otras dos partes. Habiendo sido bien acogida esta opinion, se decidió que la conferencia del 13 se consagraria exclusivamente á la lectura de las reclamaciones que cada una de las partes debia presentar.

Desde esa reunion data el desacuerdo.

El primero que hizo la enumeracion de las reclamaciones contenidas en su ultimatum fué el ministro español.

Luego el ministro inglés dió lectura al suyo.

Y en seguida vino el turno del ministro de Francia, á quien reemplazaba en aquel acto el almirante Jurien.

Las reclamaciones francesas subian á la cifra de 12 millones de pesos, y estipulaban la aceptacion de otras diversas demandas, señalando especialmente la ejecucion de un contrato celebrado por Miramon con la casa de Jecker, precisamente cuando habia sido batido en todas partes con las tropas de Juárez, y se encontraba desconcertado y en vísperas de ser lanzado de un puesto que habia ocupado contrariando la Constitucion del país.

Todos los comisionados reclamaron contra esta última exigencia, y mas que todos el comisionado inglés.

Habia sido ministro residente en el mismo México, y conocía los detalles de este negocio, en el cual, decia,

se habian cambiado 750,000 pesos en metal, por 14,000000 en bonos del tesoro. (1)

Sir Charles Wyke declaró: «que esta proposicion no podia causar mas que un descontento general, y que impediria todo acuerdo entre México y los aliados, sin mas consecuencia que la guerra.»

El almirante Jurien se encontraba muy embarazado, y se atrincheraba detras de su ignorancia en todo lo concerniente á esta cuestion, y en atencion á la ausencia de M. de Saligny, suplicó á los comisionados presentes que se aplazara esta discusion hasta el dia siguiente, en que ya podrian oirse las explicaciones del ministro francés.

Al siguiente dia, 14, concurrió M. de Saligny á la conferencia. Se discutió largo tiempo. El ministro inglés insistió, y en cuatro horas no pudo encontrarse la solucion buscada al negocio.

El caso era grave.

Los comisionados habian nombrado una comision encargada de llevar á México las seguridades de sus miras pacíficas; y, ademas, de conducir una nota colectiva en que se exponian las intenciones de los aliados.

Esta comision, cuya partida estaba fijada para el mismo dia 14, debia prevenir tambien al gobierno me-

(1) El Sr. Jecker ha publicado en la *Revista contemporánea* de 15 de Enero de 1868, un artículo justificativo de su operacion financiera con el gobierno de Miramon, en respuesta al cuaderno publicado por el Sr. de Kératry contra ese mismo negocio.—(N. del autor.)

xicano de que, en virtud de las malas influencias del clima del litoral, y mientras duraban las negociaciones, se instalarian las tropas en el interior, en campamentos sanos.

Se habian pedido escoltas á la Tejería, y ya estaban allí esas escoltas esperando.

Importaba, pues, tomar una resolucion y sobre todo, ocultar cuidadosamente el desacuerdo que acababa de nacer entre los comisionados de las potencias.

La discusion tenia lugar, principalmente, entre los ministros de Francia y de Inglaterra; y no pudo terminar mas que con una decision que tomaron, contraria á todas las órdenes recibidas.

Se decidió que la comision llevara la nota colectiva, en la cual se adoptó la redaccion siguiente:

«Los plenipotenciarios estaban encargados de exigir plena reparacion de los daños y perjuicios sufridos; pero declarando al mismo tiempo que la primera cosa que habia que hacer era procurar á la República los medios de constituirse de una manera estable y que la colocara en posibilidad de cumplir los compromisos que contratara.»

El ministro español suscribió la comunicacion, y esta tomó el camino de México.

El fin de la expedicion quedaba falseado!

Estaba violada la Convencion de Lóndres!

La quinta conferencia tuvo lugar el 25.

Desde el principio hicieron conocer los ministros ingleses á sus colegas, que habian sabido la próxima